

El P. Juan Martín y San Vicente

Una amistad para la Misión, vista a través de sus cartas

Erminio Antonello, C.M.

La figura del P. Juan Martín¹ va unida sobre todo, a la fundación de la casa de Turín en 1655, todavía en vida de San Vicente. Sobre esta fundación se conservan en el archivo de Turín los originales de 120 cartas que San Vicente escribió al P. Martín. En ellas se deja entrever la pasión misionera que unió a San Vicente y al P. Martín, en una amistad apostólica.

1. Juan Martín, una figura de primer orden en los primeros años de la Compañía

Juan Martín, parisino de nacimiento, quedó fascinado por la naciente Congregación de la Misión, a la que se unió jovencísimo, a la edad de 18 años. San Vicente tuvo pronto una gran estima de él, hasta el

¹ Hay noticias sobre la vida del P. Martín en *Notices*, pp. 269-372. Había nacido en París, el 10 de Mayo de 1620; entró en la Congregación de la Misión, el 9 de Octubre de 1638. Siendo todavía clérigo fue enviado a la casa de Roma, a la edad de 22 años y fue ordenado sacerdote en San Juan de Letrán, el 25 de Abril de 1645. En el mismo año fue destinado a Génova para comenzar una nueva fundación, con el P. Esgeban Blatirón. Se dedicó a las misiones populares y a la formación del clero. Participó en las misiones de Córcega. En 1654, Juan Martín fue llamado a Francia y destinado a Sedán como Superior y párroco. En 1655 San Vicente lo envió a Turín para una nueva fundación querida por el marqués de Pianezza, primer ministro del Estado de Saboya. Allí, como lo había hecho en Génova y en Sedán, con su celo misionero convirtió los corazones más endurecidos. "Quizá San Vicente no tuvo otro misionero más capaz que él para arrastrar las masas y convertir las almas", como observa el P. Coste. Mereció ser llamado el Apóstol del Piamonte y por él sus compañeros misioneros fueron llamados "Padres Santos". Renato Alméras lo llamó en 1665 a la dirección de la casa de Roma. Fue un sacrificio doloroso, pero obedeció. Después fue enviado sucesivamente a Génova, en 1670, a Turín en 1674, a Roma en 1677, a Perugia en 1680, a Roma en 1681, siempre como superior. En Roma se ganó la estima de Inocencio XI y en Roma murió en 1694, a la edad de 74 años.

punto de enviarle, cuando todavía era un joven clérigo de 22 años, a la casa de Roma. Así se deja ver en la presentación que de él hace al P. Codooing, por entonces superior en Roma:

[...] es cándido, sencillo, manso, obediente, cumplidor de las reglas y ha estudiado filosofía y teología, en la que defendió las tesis, hace solamente tres días, con notable bendición; dirige acertadamente el catecismo, predica bien, tiene éxito con los ordenandos, a pesar de que sólo ha cumplido 22 años”².

Por esta sencillez y amabilidad sintonizaba espontáneamente con la madurez espiritual de San Vicente que había hecho de la sencillez su evangelio y de la mansedumbre el más grande de sus empeños espirituales. Las cartas que le escribe contienen una fuerte carga de sensibilidad y sintonía espiritual.

“Me proporciona usted un consuelo especial con sus cartas, por el efecto que en mí producen, pues no leo jamás ninguna de ellas sin sentirme agradecido a Dios y lleno de cariño para con usted, al ver los sentimientos que le da de humildad y confianza, que hacen brotar esa santa generosidad con que usted lleva el peso de todo el seminario”³.

Las expresiones de cálida humanidad de estas cartas, descubren la gracia de una misma vocación enriquecida por la amistad de una relación de padre a hijo que con el tiempo fue evolucionando hasta transformarse en una relación de hermano a hermano, en la que la unión con Cristo y su anuncio al “*pobre pueblo*” del campo fue el lazo de conexión.

Como quiera que la Congregación de la Misión era joven y estaba lanzada dinámicamente a la misión, las figuras emergentes eran valoradas sin tener en cuenta su joven edad. El P. Martín fue una de ellas. De hecho San Vicente lanzó al P. Martín a la aventura misionera desde jovencísimo: a los 27 años dirigía ya el seminario y los ejercicios a los ordenandos, en la casa de Génova. Es normal que San Vicente sintiera hacia él una paternidad espiritual.

“¡Quiera Dios robustecerle cada vez más y darle la plenitud de su espíritu para animar a ese pequeño cuerpo y modelarlo según las máximas de Jesucristo! Siempre que pienso en usted, le pongo en sus manos, agradeciéndole todo lo que ha hecho por usted. Si no

² SVP.ES II, 187.

³ SVP.ES III, 135.

viera en usted una asistencia especial de Dios, creería soñar cuando pienso en un joven como usted, que gobierna tan acertadamente el interior y el exterior de otros muchos”⁴.

2. Una compañía modelada sobre el grupo apostólico

No se trata de una simple sintonía de dos temperamentos afines. En esta relación había también un núcleo, la experiencia espiritual de la naciente Congregación de la Misión. Efectivamente San Vicente había pensado la Misión como una compañía según el modelo del grupo apostólico que estaba con Jesús. La primera carta de San Vicente, en la que envía al P. Martín, junto con el P. Blatirón a comenzar la nueva misión de Génova, revela algunos temas recurrentes en la correspondencia: la humildad, el celo apostólico, la unidad de espíritu entre los misioneros, la alegría, el dejarse guiar por las Providencia, el arte del gobierno:

“¡Se necesita mucha humildad para ello y el espíritu de un perfecto misionero en ese sitio y en ese cargo que usted tiene! Le pido a nuestro Señor que le dé una gran abundancia del mismo, junto con las fuerzas corporales, que le serán muy necesarias en medio de tantos y tan grandes trabajos. Siento un consuelo muy grande al saber que está usted con el buen padre Blatiron. ¡Qué dicha para ambos poder servirle en ese trabajo tan importante que su divina Providencia les tenía guardado a los dos!”⁵.

Estos temas vuelven una y otra vez. Son las líneas básicas de la relación amistosa (que San Vicente codificará en las *Reglas Comunes*)⁶ como método para el anuncio misionero. San Vicente quería que la buena relación entre los misioneros fuera la prolongación de la amistad que Jesús había establecido con sus discípulos. Para San Vicente la comunidad no consistía en un mero estar juntos para la misión; él quería, al contrario, una comunión de espíritu, nacida de la fe en el Señor Jesús, que informase la misión apostólica. Las mismas cartas eran una señal de esta amistad en la fe; a través de ellas se anulaba la lejanía y se daba a la amistad un rostro concreto que sustentaba la acción apostólica. El P. Martín se sentía así acompañado interiormente de una espiritualidad de comunión que lo educaba en las dos coordenadas fundamentales de la Misión: el celo apostólico y la caridad fraterna.

⁴ Ibidem.

⁵ SVP.ES II, 484.

⁶ *Reglas Comunes* VIII, 2.

3. Un celo misionero bien ordenado y equilibrado

La primera acción educativa de San Vicente consistió en moderar el ímpetu misionero de joven. El P. Martín está lleno de celo misionero. La cosa le llena de gozo a San Vicente, que reconoce en ello la acción del Espíritu Santo; pero todo debe hacerse con orden. En general, San Vicente piensa que Dios obra con orden; y el orden se reproduce en el obrar del hombre. Las posturas extremas impiden una actividad sana y equilibrada.

“Espero que sus trabajos se moderarán ahora un poco, sobre todo cuando el padre Blatiron le indique al señor cardenal arzobispo el peligro al que le tiene expuesto por la ocupación continua que le ha dado, que en esto le obliga a usted a faltar a la práctica ordinaria de la Compañía y a las recomendaciones que tantas veces le he repetido de que descance usted de vez en cuando. Le ruego al padre Blatiron que se lo haga entender de una vez para siempre”⁷.

El pensamiento práctico de San Vicente es que las fuerzas han de ser sopesadas para poderlas poner más tiempo al servicio de los pobres. Por lo tanto el celo no consiste ante todo en fatigarse en un activismo sin descanso, sino en el dejarse llenar del espíritu de Cristo. El celo es la caridad ferviente que impregna el alma de un ímpetu que deja huella en las almas: y por eso su eficacia no depende del afanarse, sino del estar la propia persona impregnada de la presencia de Dios. Por lo tanto la recomendación principal es dejarse penetrar del Espíritu de Cristo; así es como se genera la vida espiritual en las almas.

“Ruego a Nuestro Señor que le dé la plenitud de su espíritu para esparcirlo por medio de usted a esos buenos eclesiásticos que su divina providencia ha confiado a su dirección. Créame, tenga mucha confianza en él y no se extrañe de observar en usted esa insuficiencia; eso es una buena señal y un medio necesario para realizar la gracia que Dios le ha destinado”⁸.

La generosidad del P. Martín en el apostolado, está fuera de duda. Las cartas dan fe de ello abundantemente.

“Casi no se ha marchado aún su visitador cuando nos dice usted que vuelve a la misión para hacer uso de las gracias de Dios y hacer rendir sus talentos. Siento un consuelo mucho mayor de lo que le

⁷ SVP.ES III, 53.

⁸ SVP.ES III, 93.

podría explicar al ver su buena disposición, su ardor en este ministerio tan saludable y su paciencia en medio de las fatigas de cuerpo y de espíritu. Eso es caminar por el sendero de los santos o, mejor dicho, por el del Santo de los santos, Nuestro Señor, a quien seguiré ofreciéndole a usted y a su familia, para que les anime a todos de su espíritu”⁹.

Se podría decir que su ardor corre peligro de rozar la exageración. Su biógrafo, el marqués de Fabert, que lo conoció cuando era superior de Sedan, da a entender que fue él mismo quien le pidió a San Vicente que lo sacase de aquella ciudad por el temor que tenía de prevaricar en su relación con los protestantes¹⁰. San Vicente fue muy mirado al guiar al joven Martín en esto. El activismo es un fuego de paja. Debe aprender que la obra de Dios se hace con la fidelidad a las circunstancias que la Providencia dispone, y por lo tanto en la calma y en la entrega de sí mismo a las situaciones de la vida, ya que en el activismo, nuestro orgullo tiende a tomarse una parte excesiva. Detrás de las obras de Dios, frecuentemente se esconde el deseo de aparecer y de ser apreciados. El P. Martín fue tentado de ello a su llegada a la nueva fundación de Turín, cuando hubiera querido comenzar mostrando a los bienhechores, que habían llamado a la Compañía al Piamonte, la valía de la misma para la predicación misionera. Soñaba con poder dar inmediatamente misiones, repitiendo los éxitos obtenidos en Córcega y en el ducado de Génova. Pero las circunstancias quisieron que los compañeros que le habían sido dados no fueran tan hábiles para llevar adelante las misiones.

“Quizás le parezca molesto empezar de esta manera tan pobre, pues para poder obtener la estima de todos quizás crea usted necesario darse a conocer con una misión entera y espléndida, que hiciera ver los grandes frutos del espíritu de la compañía. ¡Que Dios nos guarde de acoger esos deseos! Lo que conviene a nuestra pobreza y al espíritu del cristianismo es huir de esas ostentaciones para ocultarnos, buscando el desprecio y la confusión lo mismo que hizo Nuestro Señor; y entonces, teniendo ese parecido con él, él trabajará con ustedes”¹¹.

“Siento una alegría muy sensible al pensar que esta primera misión se ha hecho con menos esplendor, porque así tendrá usted más mérito, y espero que Dios habrá sido más honrado”¹².

⁹ SVP.ES V, 580.

¹⁰ SVP.ES V, 236.

¹¹ SVP.ES V, 447.

¹² SVP.ES V 468.

“Empiece por poco y tenga un gran aprecio de la humildad; ése es el espíritu de Nuestro Señor; así es como él lo hizo, y ése es el medio de atraer sus gracias”¹³.

Aún más, San Vicente aumenta la dosis realizándola con un razonamiento eficaz para ayudar al P. Martín a mantener un perfil bajo en el empeño misionero. Hay que huir de la reputación: si no, ésta nos mostrará a nosotros mismos y ocultará a Dios, haciendo estéril la predicación.

“Le ruego que acepte que le diga que los misioneros deben tender a permanecer ocultos y desconocidos, sin buscar las apariencias y el aprecio de los demás. La reputación les puede hacer daño, no solamente dándoles motivos para engreírse, sino también porque, si tienen que estar los frutos de sus trabajos a seis grados, se esperará que lleguen hasta doce y, al ver que los efectos no corresponden a lo que se esperaba, se perderá la buena opinión. Dios permite que esto ocurra sobre todo cuando se busca esa buena reputación, porque el que se exalta será humillado. ¡Dios mío! ¡Cómo me gustaría lo contrario y cómo le pido a Nuestro Señor que nos conceda a todos la gracia de amar la confusión y el oprobio, pensando en Nuestro Señor y en nuestras miserias! No merecemos más que eso, porque si se hace algún bien en nuestras misiones, es él quien lo hace, y no tiene ninguna necesidad de nuestra reputación para tocar los corazones y convertirlos”¹⁴.

4. Asimilación del espíritu de Cristo

La conformación del misionero con el espíritu de Cristo es un aspecto característico de la espiritualidad vicenciana, y por ello no podía dejar de aparecer en una relación tan profundamente amistosa como la vivida por San Vicente con el P. Martín:

“Muchas veces, lo mismo que en estos momentos, le pido a Nuestro Señor que sea todo suyo, y usted todo de él”¹⁵.

“Nuestro Señor, [...] es el principio de la vida y de la virtud de los sacerdotes por el ejercicio de la oración y la gracia del recogimiento, para continuar luego la conquista de las almas con armas nuevas que, habiendo sido recogidas en el arsenal de las Santas Escrituras,

¹³ SVP.ES V, 455.

¹⁴ SVP.ESV, 455.

¹⁵ SVP.ES III, 121.

habrán de ser siempre victoriosas, si son manejadas con el espíritu de Nuestro Señor”¹⁶.

“Le pido a Nuestro Señor que tenga a bien renovarles a todos en espíritu, a fin de que todas sus operaciones sean de Dios y que los frutos que de allí broten sean frutos de vida eterna”¹⁷.

Esta reciprocidad en la relación con la personas del Señor, es el fundamento de toda posibilidad de éxito en la actividad misionera, y en particular en la formación del clero, ya que es característica de la misión, dejar translucir en las palabras y en los gestos la presencia misteriosa de Cristo en nosotros:

“¡Ojalá llegue a gustar su corazón las dulzuras del de Nuestro Señor! Le ruego que le llene de ellas, para comunicárselas a todas las personas a quienes sirve”¹⁸.

Siento el alma llena de gozo al pensar en usted y en cómo Dios le ha elegido para que se dedique, a pesar de ser tan joven, a un ministerio tan alto como el de la perfección de los sacerdotes. Le doy gracias a Nuestro Señor por haberle merecido esta gracia, y le ruego que cumpla en usted sus eternos designios. Usted procure humillarse mucho, pensando en la virtud y en la capacidad que hay que tener para enseñar a los demás y educar a los hijos del Rey del cielo en la milicia cristiana; pero confíe ardientemente en el que le ha llamado, y ya verá cómo todo va bien”¹⁹.

“Trabajemos, pues, con valor y con interés por ese buen Maestro que es el nuestro; imitémosle en sus virtudes, sobre todo en su humillación, en su mansedumbre y en su paciencia; y ya verá cómo entonces progresa su gobierno”²⁰.

El P. Martín por su sensibilidad de espíritu, se entusiasmaba con la actividad misionera y por ello corría el peligro de reducir la obra de Dios a su esfuerzo personal. San Vicente conocía por experiencia este gusanillo del protagonismo que se escandaliza y se desalienta cuando la vida no responde a lo imaginado en lo propios pensamientos y proyectos. El desaliento es hijo del orgullo ingenuo y lo descubre en las palabras desconsoladas del P. Martín. Por eso se lo advierte delicadamente:

¹⁶ SVP.ES VIII, 326.

¹⁷ SVP.ES VIII, 341.

¹⁸ SVP.ES III, 167-168.

¹⁹ SVP.ES III, 118.

²⁰ SVP.ES III, 134.

“Hay que adorar su voluntad, pero sin esperar encontrar siempre unas personas tan dóciles y tan fáciles de gobernar; no obstante, a medida que vayan aumentando las dificultades, Dios aumentará su gracia. Y para que usted se vaya preparando con toda clase de armas, ejércitese en la mansedumbre y en la paciencia, que son las virtudes más indicadas para vencer los espíritus enrevesados y duros. Por mi parte, puede estar seguro de que insistiré ante Nuestro Señor para que le dé la plenitud de su espíritu”²¹.

El protagonismo se mezcla fácilmente con la vanidad. El P. Martín no debía estar exento. Y San Vicente está decidido a cortar esta tendencia:

“No queremos que la compañía haga ruido y se vea apreciada por su extensión; más propias nos son la humildad y la confusión, y Dios no necesita del favor de los hombres ni de nuestra fama para llamarnos adonde quiera”²².

En general, la sugerencia es adherirse a la Providencia y a la Voluntad de Dios. No hace falta correr; las obras de Dios brotan casi de la nada y lentamente, por gracia: “Hay que ir haciendo las cosas poco a poco. La gracia empieza por poco para ir luego progresando”²³. Y así cuando el P. Martín quería insistir ante el cardenal de Génova, para que un hermano de aquella casa, el P. Richard, viniese destinado a la nueva casa de Turín, San Vicente le dice que haga sí la propuesta, pero añade un *post scriptum* de su puño y letra invitándole a que “se contente con hacer esta propuesta al señor cardenal, y que no le urja. En ese caso, podrá usted conocer la voluntad de Dios y actuar con las personas que él pueda enviarle”²⁴. Entre tanto él debe confiar en Dios y ser manso con sus hermanos que sufren porque en el trabajo misionero se sienten humillados al no poder participar porque no son capaces de usar la lengua italiana como lo hace él.

“No tiene que extrañarse usted de advertir cierta tristeza en esos padres que le acompañan, ni mucho menos atribuir la causa de la misma a su conducta; su tristeza proviene de que no pueden trabajar en una cosecha tan hermosa, con lo que se quedan llenos de deseos, pero sin poder conseguir su efecto por falta de conocimiento de la lengua. Por eso esa tristeza se irá convirtiendo en gozo a medida que se vayan viendo en estado de poder ayudarle y de com-

²¹ SVP.ES III, 118.

²² SVP.ES III, 149.

²³ SVP.ES III, 137.

²⁴ SVP.ES V, 470.

partir con usted el esfuerzo y el mérito. Entretanto, padre, convendrá que los soporte usted y que, al soportarlos, les anime cariñosamente al estudio y al progreso en la lengua, y que incluso les ayude a progresar en ella, a fin de que uniendo el estudio a la práctica consigan mayor provecho. No dudo de que los actos de paciencia y de tolerancia que practique con ellos atraerán las bendiciones de Dios tanto sobre ellos como sobre usted, y que esa bendición les hará llegar muy pronto hasta el punto que desea su providencia para sacar provecho de ellos. Su gobierno, que gracias a Dios es ya bueno, habrá de ser más suave y más vigoroso a la vez, y finalmente la obra del Señor se llevará a cabo, como siempre, más bien por la mansedumbre que de otras maneras”²⁵.

Algún año más tarde, el P. Martín muestra su impaciencia porque querría que la fundación que ya había arraigado en las misiones populares, se extendiese a la obra de la formación de los eclesiásticos. Pero los misioneros no tienen todavía una casa propia. San Vicente acoge estas inquietudes de ánimo del P. Martín y las calma, porque lee en ellas su carácter impaciente.

“Es difícil que una casa incipiente como la suya pueda abrazar de pronto todas las distintas ocupaciones de la compañía. Podrá ir haciéndolo con el tiempo; pero ese tiempo hay que aguardarlo con paciencia, procurando entretanto ser fieles en lo poco, para que quiera Dios confiarle lo mucho, según su palabra”²⁶.

5. Confianza en Dios, humildad y amabilidad

El temperamento del P. Martín era proclive a la inquietud y al desánimo frente a las dificultades del ministerio, signo de un ensimismamiento que fácilmente se cambiaba en desconfianza y abatimiento moral. Por eso San Vicente le escribía concisamente: “Por eso, humildemente usted confíe en él”²⁷.

“¿Se ha propuesto acaso usted alguna vez algo mejor que querer invariablemente lo que Dios quiere? No lo creo. Por tanto, ¿por qué desanimarse cuando las cosas no le salen bien? Hasta ahora tiene usted muchos motivos para dar gracias a Dios; ciertamente, por mi parte, le ayudaré a hacerlo así, ya que conozco muy bien todos los favores que él le ha hecho. Conozco la fidelidad y el esmero que

²⁵ SVP.ES V, 517

²⁶ SVP.ES VII, 223.

²⁷ SVP.ES III, 122.

usted pone en las obras de Dios. ¿Qué le falta para quedar en paz? El no le pide más que eso, que acepte humildemente el éxito que le conceda; y estoy seguro de que así lo hará usted. Entonces, ¿de dónde esa falta de confianza? Me habla usted de sus miserias, ¡ay! ¿quién está libre de ellas? Lo que hay que hacer es conocerlas y amar la humillación, como usted lo hace, sin pararse en ello más que para poner allí las bases de una firme confianza en Dios; entonces el edificio se levantará sobre la roca y permanecerá firme cuando venga la tempestad. Por tanto, no tenga usted miedo; sé que está usted bien fundamentado en esas bases. Y la timidez o falta de confianza que usted experimenta proviene de la naturaleza y sólo de lejos roza a su corazón, que es mucho más generoso que todo eso. Que Dios haga de nosotros y de nuestros trabajos lo que quiera, que nuestros sudores sean inútiles entre los hombres, que la gente no sienta por nosotros más que ingratitud y desprecio; no por ello hemos de dejar que continúen nuestros esfuerzos, sabiendo que es entonces cuando cumplimos con la ley de amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos”²⁸.

San Vicente se refleja en el joven Martín; en él se ve a sí mismo, su propia inquietud y su orgullo innato. Por eso, no puede menos de repetirle el recorrido que lo había llevado a abandonarse en las manos de Dios con una confianza sin reservas, ya que “esa querida confianza en Dios, es la fuerza de los débiles y el ojo de los ciegos”²⁹.

“Mientras vivamos en este valle de miserias, aunque fuésemos santos, sentiríamos lo que usted siente; y Dios lo permite, para mantenernos siempre vigilantes en el ejercicio de la santa mortificación y humillación. Sepamos mantenernos firmes, y Nuestro Señor logrará vencer nuestras pasiones en nosotros y reinará como soberano en nuestra alma y, mediante nosotros, en las almas a cuyo servicio nos ha puesto su providencia. Mantengámonos fuertes y caminemos siempre por los caminos de Dios, sin detenernos jamás”³⁰.

“Y aunque las cosas no vayan según nuestros deseos y nuestras intenciones, no dudemos de que la Providencia las conducirá adonde es preciso para nuestro bien”³¹.

San Vicente invita al P. Martín tener tres grandes virtudes; la confianza en Dios, la humildad y la mansedumbre. Estas virtudes “practicadas con esos buenos eclesiásticos, producirán efectos admirables en

²⁸ SVP.ES III, 184.

²⁹ SVP.ES III, 139.

³⁰ SVP.ES III, 136.

³¹ SVP.ES III, 139.

sus almas, ya que Dios mismo animará con su espíritu sus palabras y sus ejemplos, dándole su luz y su fuerza; y finalmente le colmará de sus eternos consuelos”³². La dinámica de la vida espiritual sugerida al P. Martín es típicamente evangélica: vaciarse de sí mismo para dejar lugar a la gracia. Y apenas los misioneros comienzan a tener resultados exitosos en la predicación de las misiones en el Piamonte – Pianezza, Savigliano, Bra, Fossano, Saluzzo –, San Vicente está atento a mantener vivo en ellos, y sobre todo en el P. Martín, un sentimiento de humildad para impedir que la vanagloria ocupe el lugar de Dios.

“La verdad, padre, es que tengo que desear eso mismo de usted, al ver las bendiciones que Dios concede a sus trabajos y que atraen sobre usted las alabanzas y los aplausos de los hombres y que dan motivo a los pueblos para desear que vaya a ellos a derramar las gracias de la misión. Ruego a su divina bondad que le dé esta virtud, para que lo refiera todo al honor de Dios y no se atribuya a usted más que la confusión; que continúe sacando su gloria de sus esfuerzos y animando a las almas en el deseo de aprovecharse de ellos”³³.

“Si hay alguna persona en el mundo con más obligación de humillarse, somos usted y yo; también pienso en todos los que trabajan con usted; yo por mis pecados, y ustedes por los bienes que Dios quiere hacer por su medio; yo por verme fuera de la posibilidad de asistir a las almas, y ustedes por verse escogidos para contribuir a la santificación de infinitas almas y hacerlo con tanto fruto. Se necesita una gran humildad para no llenarse de complacencia ante esos progresos ni ante los aplausos del público; se necesita una gran humildad, y muy necesaria, para referir a Dios la gloria de todos sus trabajos. Sí, padre, necesita usted una humildad firme y vigorosa para llevar el peso de tantas gracias de Dios, y concebir un gran sentimiento de gratitud para reconocer al autor de todo ello. Le pido, pues, a Nuestro Señor, que les dé esos sentimientos a todos ustedes, no dudando de que sobre ese fundamento él establecerá un gran almacén de dones celestiales, que les harán cada vez más agradables a los ojos de Dios, muy útiles al pobre pueblo y muy provechosos al estado eclesiástico”³⁴.

El celo misionero tiene su enfermedad en el desaliento y el desaliento se alimenta del secreto orgullo ante los éxitos. Cuando en el pueblo hay una buena respuesta al anuncio, en el alma del misionero prende

³² SVP.ES III, 144.

³³ SVP.ES VI, 296.

³⁴ SVP.ES V, 602s.

fácilmente el entusiasmo; pero cuando parece que la gente no responde, puede venir el sentimiento de inutilidad. Son dos extremos de los que San Vicente quiere preservar al P. Martín, porque ambos son dañinos. El anuncio misionero requiere el equilibrio emotivo. Y ése se consigue sólo si la persona está centrada con humildad en la relación con el Señor.

De hecho el P. Martín tuvo que aguantar varias pruebas en la fundación de Turín. La más fuerte de ellas fue la falta de misioneros. San Vicente, viendo el éxito, diríamos fulgurante, de las primeras misiones, quería que el grupo de misioneros estuviese constituido por un núcleo de personas bien compenetradas. En realidad, a causa de la difusión de la peste de 1657, tanto en Roma como en Génova, cuando murieron varios misioneros, como el P. Blatiron, se encontró en la imposibilidad de proporcionar personal adecuado para la nueva fundación que tuvo que arraigarse como pudo y apoyarse prácticamente solo sobre el P. Martín. Sus compañeros no dominaban el italiano o eran demasiado jóvenes (alguna vez clérigos, ante la falta de sacerdotes) o incluso se sentían ineptos frente a la elocuencia de su superior. El P. Martín ante esta situación tendía a desanimarse y se dirigía a San Vicente para que le librara de la responsabilidad del superiorato.

“Vuelve usted a insistirme para que le quite la dirección de esa casa, atribuyéndose a usted mismo la causa del desánimo de sus gentes. Le ruego que continúe, porque sé muy bien que no es usted el responsable de que no se entreguen con ardor a todo lo necesario, ya que les atrae usted a ellos con su ejemplo y con sus consejos; y si hay algunos que no muestran tanto entusiasmo en el estudio de la lengua y en la ayuda que podrían prestarle, ha de recordar usted, padre, que no hay superior en el mundo que no tenga que soportar muchas deficiencias en aquellos que son sus dirigidos, y que al mismo Nuestro Señor le tocó padecer mucho por causa de los suyos. Cualquier otro que ocupase su lugar tropezaría con esas mismas dificultades que usted tiene y posiblemente se encontraría con otras que usted no tiene, ya que tiene usted gracia para evitarlas. ¡Animo pues, padre! Confíe usted en Dios, tenga paciencia, busque la paz, y no dude de que Dios se verá honrado en usted y en su familia”³⁵.

Por esto es continua e insistente en las cartas, la llamada al P. Martín para que se entre por la vía de la humildad. No una humildad teórica, sino una humildad práctica que acepta bajar al abismo de la humillación. San Vicente había madurado una idea muy pragmática de la humildad. Sostenía de hecho que la humildad de espíritu podía

³⁵ SVP.ES VI, 536s.

ser fácilmente confundida con un vago sentimiento de humildad a través del cual el espíritu del mal se la juega a un alma, haciéndole creer que es humilde. Por eso pensaba que no es posible llegar a ser humilde sin pasar a través de un constante ejercicio de gozosa aceptación de las humillaciones en la vida, que crean el espacio para que Dios se haga presente. El P. Martín lo necesitaba, porque tenía que ser brillante en sus misiones y suscitando fácilmente el aplauso de la gente podía caer víctima del orgullo y la vanagloria.

“¡Ay, padre! ¡Cuántos motivos tiene usted para humillarse delante de Dios y referir a él la gloria de todo eso, e incluso delante de los hombres que podrían aplaudirle! ¿Qué puede hacer usted sin la gracia de Dios? O mejor dicho, ¿qué no haría esa gracia sin los obstáculos que usted le pone? ¿Cuántas faltas habrá cometido usted entre ese poco bien que ha hecho? ¿Y cuántas es usted capaz de cometer, si Dios le abandonase a los movimientos de la naturaleza corrompida? Esos son los sentimientos que debe usted tener, aunque no sean precisamente los míos, ya que me siento lleno de estima por usted y de esperanza en que el buen uso que usted hace de las bendiciones de Dios le atraerá continuamente otras nuevas”³⁶.

6. La unidad de los misioneros entre sí

El espíritu de la Misión, además de la primera coordenada, es decir, el celo misionero, con todo el cortejo de sus virtudes: equilibrio, humildad, abandono en la Providencia, condescendencia, mansedumbre-necesita también del segundo elemento originario, o sea, la comunión fraterna. Para San Vicente la comunión misionera entre los misioneros esparcidos en varios lugares de Europa y del mundo, es fundamental para la misión y su sustento. Es su sustento, porque el estar unidos en Cristo expresa la energía propia del acontecimiento cristiano. Éste, en sustancia, es la expresión del amor de caridad que constituye el misterio íntimo de Dios que se nos ha manifestado en la humanidad de Cristo.

“Le ruego que lo abrace de mi parte, como yo les abrazo a todos en espíritu, suplicándole a Nuestro Señor que nos ate a todos (P. Patrice Walsh) con su santo amor, para que lo amemos todos juntos sólo a él, con todas nuestras fuerzas, eternamente. ¡Dios mío, cómo deseo la perfección de su alma! Sí, de verdad; lo deseo tanto como mi propia perfección, ya que no sé pedir la una sin la otra”³⁷.

³⁶ SVP.ES VII, 116.

³⁷ SVP.ES III, 180.

Con ocasión de la salida de Génova de los PP. Blatiron y Dehorgny para participar en la asamblea general de 1651, San Vicente se apresura a apoyar al P. Martín, que ha quedado solo, con el peso de todas las obras de la casa. En una serie de cartas, muy próximas en el tiempo, anima al P. Martín, mostrándole a través de su interés personal, la cercanía de toda la comunidad ante la dificultad a la que debe hacer frente él solo.

“Me consuela escribirle a usted solo al considerar que está ocupando el lugar de tres. Sí, padre, le hablo a su único corazón con toda la amplitud y el cariño de mío, que ciertamente le quiere de forma única; pero me imagino también que les escribo a los padres Dehorgny y Blatiron al escribirle a usted, ya que está usted desempeñando sus tareas y me parece que ellos trabajan en usted, mientras acuden a trabajar aquí por el bien de toda la compañía. Este pensamiento, unido al afecto que Dios le ha dado por la misma compañía le hará soportar con paciencia la carga que le han dejado. Le pido a Nuestro Señor que redoble sus fuerzas, que le sostenga con su espíritu principal, que le alegre con la esperanza de su gloria y con el éxito de sus trabajos, que llene a esa familia de paz y de confianza en su divina providencia. Esos son mis deseos; pero solamente Dios es capaz de hacerle sentir su ardor y sus efectos. Se los presento a él con frecuencia, especialmente en el actual retiro que estoy haciendo, y que encomiendo a sus oraciones y a las de su pequeña comunidad, a la que abrazo en espíritu, postrado en espíritu a sus pies y a los de usted”³⁸.

“¡Bien! ¿Verdad que es un gran consuelo y un buen motivo para dar gracias a Dios el que la ausencia de los superiores no cause ningún relajamiento en esa familia, sino más bien un aumento de piedad y de virtud? Esas son las palabras de su carta, que me han llenado de alegría y de gratitud para con la bondad de Nuestro Señor que, para ocupar el lugar de los ausentes, ha tomado asiento en su alma, desde donde derrama espíritu y vida sobre todos los miembros de ese pequeño cuerpo”³⁹.

Tampoco el inicio de la fundación de Turín fue fácil y recayó casi completamente sobre las espaldas del P. Martín. Los otros misioneros, sus compañeros, precisamente en los primeros meses de permanencia en Turín, tendían a rehuir las misiones, porque, como ya hemos visto, no conocían la lengua. Él se quejaba, pero para San Vicente la unidad de los misioneros es insustituible para fortalecer y fundamentar la

³⁸ SVP.ES IV, 205.

³⁹ SVP.ES IV, 217.

misión. Así que debe animar al P. Martín y recordarle la necesidad de la tolerancia y de la paciencia para mantener seguro el vínculo de la unidad.

“Si en ese sentido me ha consolado su carta del 2 de este mes, en otro sentido me ha apenado mucho por el poco afecto que demuestra tener por sus ejercicios esa persona de la que me habla⁴⁰. Si las necesidades y la devoción de tanta gente no le han podido conmovier, no veo nada que sea capaz de impresionarle, a no ser nuestras oraciones, a las que hemos de recurrir, para que quiera Dios darle a conocer y abrazar los muchos bienes que él puede hacer y la equivocación tan grande que cometerá si pierde esta ocasión. Espero, padre, que sabrá tener paciencia con él; puede ser que el exceso de la bondad de usted logre superar el de su poca disposición. La verdad es que tengo miedo de que tanto esfuerzo le haga sucumbir, aunque tengo la confianza de que Dios no lo permitirá, sino que se servirá de usted para el progreso de la obra comenzada. Así se lo pediremos con toda insistencia”⁴¹.

Un rigor excesivo puede llegar a romper la unidad. El P. Martín era llevado precisamente por su celo y terminaba por ser demasiado exigente con los compañeros. Aparecía como un modelo demasiado alto para ellos y comparándose con él les sobrevenía un sentimiento de inferioridad que creaba una barrera para la familiaridad de la relación.

“Me parece que la gracia que Dios ha puesto en usted para la predicación, en vez de animar a sus hombres a que se pongan también a predicar, les quita los ánimos para ello, por temor a quedarse muy por debajo de su elocuencia. Espero, sin embargo, que les ayudará usted a decidirse y a que traten con sencillez las materias debidas de la misma forma con que Nuestro Señor y los apóstoles instruyeron entonces a los pueblos, inculcando en ellos el amor a las virtudes y el horror a los vicios”⁴².

⁴⁰ Probablemente el Padre.

⁴¹ SVP.ES V, 567.

⁴² SVP.ES VII, 189.

7. El arte de gobernar

Una de las consideraciones en que más insiste San Vicente al P. Martín es la de orientarlo en las relaciones con los misioneros, para evitar que cayese en el rigorismo. Realmente cuando el P. Martín comenzó la fundación de Turín, tenía solo 35 años y la gran vitalidad que le llevaba a querer conseguir una comunidad ideal, no era solo un peligro. Ya hemos encontrado intervenciones significativas en este sentido. San Vicente, en su experiencia ya octogenaria, era ya un experto animador de la comunidad. Sabía bien lo dañina que era una actitud de exigencia; probablemente más peligrosa que una actitud laxista, que al menos no incitaba a la soberbia. Sabía que el ideal espiritual se consigue como con un mecanismo. Los mecanismos se pueden forzar, engañar, dominar con ingenio y astucia. Los corazones, en cambio, se mueven suavemente con el respeto, el diálogo, el dejar posar las pasiones y los resentimientos. Por eso resultaba de suyo difícil gobernar un grupo de personas bastante jóvenes, que aunque enfervorizadas en los inicios de un movimiento carismático, debían hacer frente la erosión del tiempo, la fricción de caracteres y la inexorable dureza de una misión que no concedía ningún respiro a la mollicie.

“No tiene que extrañarse, padre, de esas pequeñas alteraciones que está sufriendo su familia; lo mismo ocurre en todas las demás, por los mismos motivos con que Dios permitió que también en la compañía de Nuestro Señor hubiera disensiones y cambios, a saber, para probar a quienes los sufren y para humillar a los superiores. El remedio para ello es la paciencia, la tolerancia y la oración, para que Dios devuelva a los espíritus la primitiva serenidad y la apertura de corazón que conviene. Y usted puede contribuir a ello demostrándoles a todos su aprecio, su afecto y su cordialidad. Con una comunidad pasa lo mismo que con una persona particular, que a veces se encuentra abatida, seca y malhumorada; y como usted ve a los demás en esa situación, se contagia de ellos y se pone también malhumorado, con lo que cae también en la desazón y finalmente en el desánimo. Pero, en vez de dejarse llevar por ello, lo primero que hay que hacer, mientras dura esa situación, es procurar honrar los actos de paciencia y de resignación practicados por Nuestro Señor en semejantes ocasiones, especialmente cuando algunos de sus discípulos, cansados de su santa conducta y de su admirable doctrina, se alejaron de él y él dijo a sus apóstoles: ‘¿También vosotros queréis marcharos?’. Será conveniente enterarse confiadamente de alguien de dónde proviene eso y procurar poner remedio. En segundo lugar, debe usted redoblar su confianza en Nuestro Señor, constituyéndolo y mirándolo como al verdadero superior de su casa, pidiéndole continuamente que se digne gobernarla según sus caminos, considerán-

dose a usted mismo como un pobre instrumento que, si no estuviera en manos de tan excelente artista, lo echaría todo a perder”⁴³.

Hay una fina psicología del compartir y del condescender mediante la escucha y el diálogo que dirige el principio pedagógico de la autoridad. En concreto, lo que permite vencer las resistencias más ásperas es la amabilidad en la relación ofrecida gratuitamente y sin cálculos. La amabilidad que se anticipa a los movimientos bruscos del alma y los somete al equilibrio de la mansedumbre es uno de los gestos más finos y delicados de la caridad. Esta amabilidad no brota de un temperamento especialmente dispuesto, sino que se forma en el fondo del corazón humano, en proporción a la familiaridad que se establece con el Señor, dejándole a él espacio para que desempeñe el cargo de *superior*, de quien todo responsable en la comunidad debe ser un simple instrumento.

“Estoy seguro de que ha puesto usted de su parte todo lo posible por ser bondadoso y amable con esas personas que no acaban de abrirle su corazón, a fin de que manifestándoles usted su cordialidad fraterna, pudieran tener con usted el respeto y la confianza debida. No hemos de extrañarnos de su frialdad; todos los superiores tienen que vérselas con casos parecidos, sobre todo los que son firmes en el reglamento y en hacer la guerra a la carne. Por eso no hay que dejar de seguir el ritmo debido y Dios permitirá que al fin su paciencia y su fidelidad a las reglas le granjeen la estima y el aprecio de todos [...]”⁴⁴.

El arte de gobernar, mientras de una parte exige decisión al presentar el ideal, de otra parte, sabe insinuarse en las fisuras del corazón humano buscando comprender las heridas y la oscuridad para llevarlo por el amor de la fraternidad, a la plena luz. Es el arte de la relación del que San Vicente, en esta correspondencia con el P. Martín, se revela todo un maestro.

8. Un recorrido espiritual para la evangelización

El recorrido espiritual, que las cartas de San Vicente al P. Martín nos han hecho hacer, ha puesto en claro algunas líneas de vida de la fraternidad misionera, propia del espíritu vicenciano. En el centro está el celo misionero para anunciar a Cristo al *pobre pueblo*, pero están también las insidias que pueden tenderle el temperamento y las

⁴³ SVP.ES VII, 238s.

⁴⁴ COSTE VII, 296 (L 2684).

pasiones humanas. Para protegerlo de la vanidad o del desaliento, San Vicente propone la humildad, en su versión práctica de la humillación, vivida como descenso a la propia nada, para que se afirme la presencia de Dios en nosotros. Precisamente la humildad introduce un sentimiento de vida, rico en la relación con Jesús, el Señor, que asimilado en el propio espíritu, es también objeto del anuncio misionero. La unión con Cristo es lo que permite un anuncio eficaz en la obra de la evangelización. A esta relación fundante son atraídos todos los que están unidos por una misma vocación, aún antes del empeño de su voluntad. Nace así la comunidad misionera en la que los temperamentos más dispares ponen a prueba también a las personalidades más seguras: en ella se pueden practicar las virtudes de la paciencia, de la mansedumbre y de la acogida, que favorecen el abandono confiado en Dios. La comunidad pertenece a Dios y nosotros estamos llamados a seguir las tortuosas sendas que Él nos traza. Así la comunidad sabe encontrar las dinámicas de unidad y de afecto para poder penetrar con su carisma en el corazón de las pobres gentes y proclamar en el mundo, el Evangelio de Jesús. También en el mundo de hoy.

Traductor: JULIO SUESCUN OLCOZ, C.M.